

Jack London

JACK LONDON

Jack London *versus* James Oliver Curwood

Los animales también sienten y piensan

Josep Francesc Delgado*



James Oliver Curwood (izquierda) y Jack London.

Las novelas de Jack London siguen publicándose, mientras que las de James Oliver Curwood han caído en el olvido o no están de moda. Ambos, contemporáneos, abordaron el tema de la naturaleza y los animales desde distintos puntos de vista; para Curwood la naturaleza era su religión, la conocía en profundidad, como cazador y protector al mismo tiempo; mientras que la naturaleza en London se presenta a imagen y semejanza de la sociedad humana injusta que él denunció.



ANNA MIRALLES, EL REI DELS OSSOS, BROMERA, 1992.

Tradicionalmente, la crítica literaria ha elevado hasta el panteón de las grandes obras de la literatura universal las novelas que descubren un mundo al lector, que construyen una cosmología completa sobre la existencia humana. Este criterio no ha sido, evidentemente, el único determinante para crear el canon, pero ha figurado entre los más importantes. Así pues, la obra debe aportar algo virtual a la experiencia vital del lector. Después de leerla, al cerrar la última página del libro, el lector ya no mirará el mundo que le rodea de la misma manera que antes de abrir la primera página. El libro seguirá siendo el mismo pero la persona habrá cambiado. Las formas de pensamiento que se desprenden de la evolución de los hechos narrados, la concepción del mundo que develan las emociones y el motor narrativo son sumamente importantes. Mercè Escardó, escritora y bibliotecaria, afirma que reconocemos la obra universal porque narra algo que nos afecta en nuestro periplo vital de tal modo que la forma en que lo manifiesta sirve a varias generaciones, una tras otra; es decir, lo acontecido se cuenta en la historia de tal

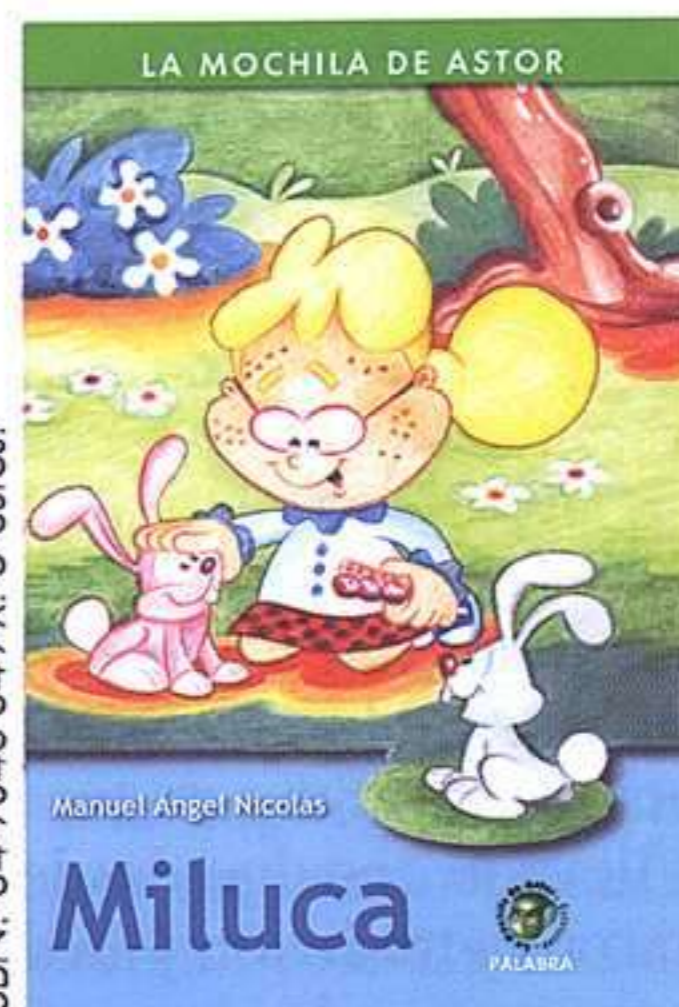
modo que sabe retratar lo esencial e impercedero del asunto. Va directamente al fuero interno de cada cual. Realizar esa operación no resulta nada fácil, requiere un don que solamente tienen los escritores universales. Los grandes escritores son algo parecido a la piedra filosofal, lo realmente importante no es que conviertan sus obras en oro cantante y sonante, sino que son capaces de hacer que cualquier cosa se convierta en impercedera.

Nuevos territorios literarios

Jack London tiene todo eso, lo tiene con la grandeza clásica de las tragedias griegas pese a que lo escribe en los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX, un país que todavía estaba naciendo. Cuentan los norteamericanos que al llegar a América los cuentos tradicionales europeos que los emigrantes traían consigo no servían. El medio era distinto, la naturaleza indómita no se parecía en nada a la domesticada naturaleza europea. Por esa razón, y a pesar del cruel exterminio de las naciones indias,

PALABRA

LA MOCHILA DE ASTOR



ISBN: 84-9840-049-X. 5 euros.

novedad

Manuel Ángel Nicolás
La gran hermosura de Miluca le venía por su corazón valeroso y por estar ayudando constantemente a sus amigos.



ISBN: 84-9840-048-1. 6 euros.

novedad

Dolores C. Puche
La buena amistad dura a lo largo del tiempo y hace que broten sentimientos olvidados.



ISBN: 84-8239-978-0. 6,50 euros.

Julio César Romano
El padre de Rodrigo era el último caballero de la orden del hierro forjado en negro. Rodrigo quería encontrar sus verdaderas raíces, lanzándose con plena confianza a su búsqueda.

Valores que CUENTAN

www.edicionespalabra.es
comercial@edicionespalabra.es

los europeos que fueron allí se fijaron en las leyendas precolombinas. Al insertar la narración oral india en los relatos que habían llevado consigo desde Europa reinventaron la tradición y la dotaron de una fuerza renovada. Los primeros relatos norteamericanos en lengua inglesa tienen ese valor porque fundan una literatura.

Cuando pudieron metabolizar esa cultura ajena, empezaron a escribir las grandes obras de la literatura estadounidense del siglo XIX, porque se reubicaron culturalmente en un territorio nuevo y se procuraron de esta manera una tradición reinventada que permitió lo que se terciaba: crear un nuevo país, algo que tiene que ser apasionante. Jack London vino luego y esa segregación de la cultura indígena degradada en la cultura europea de los nuevos amos del continente también está presente en sus obras. Pero sin duda lo más nuevo es su permeabilidad ante las ideas de los socialismos utópicos del siglo XIX. El socialismo utópico fue machacado en Estados Unidos durante el siglo XX. Pero la república de corte francés que se creó durante el XIX permitió que esas ideas llegaran sin trabas hasta que la fobia al comunismo del siglo XX dio al traste con la mayoría de los pensamientos utópicos en USA. La denuncia de las injusticias asociadas a la desigualdad social es una constante implícita en todos los textos de London. Bajo sus obras no está exactamente el marxismo, que conocía bien, está más bien y de forma sutil el determinismo, el científicismo y el naturalismo de muchos de sus personajes cuya baja extracción social y el ambiente pernicioso en que viven explica la maldad de sus acciones sin que el narrador tenga que añadir apreciación alguna. Eso está ya en la tradición de las obras de los autores que le preceden. Pero también está en las suyas con una sabiduría casi insuperable. Su novela breve *La hoguera* (publicada recientemente en traducción catalana y castellana por editorial Blume, con el título de *Encender un fuego*) narra con una parsimonia y una tranquilidad escalofriantes el proceso de congelación de un hombre en el gran norte y lo hace con las más absoluta objetividad, con un realismo transparente, frío y acuciante.

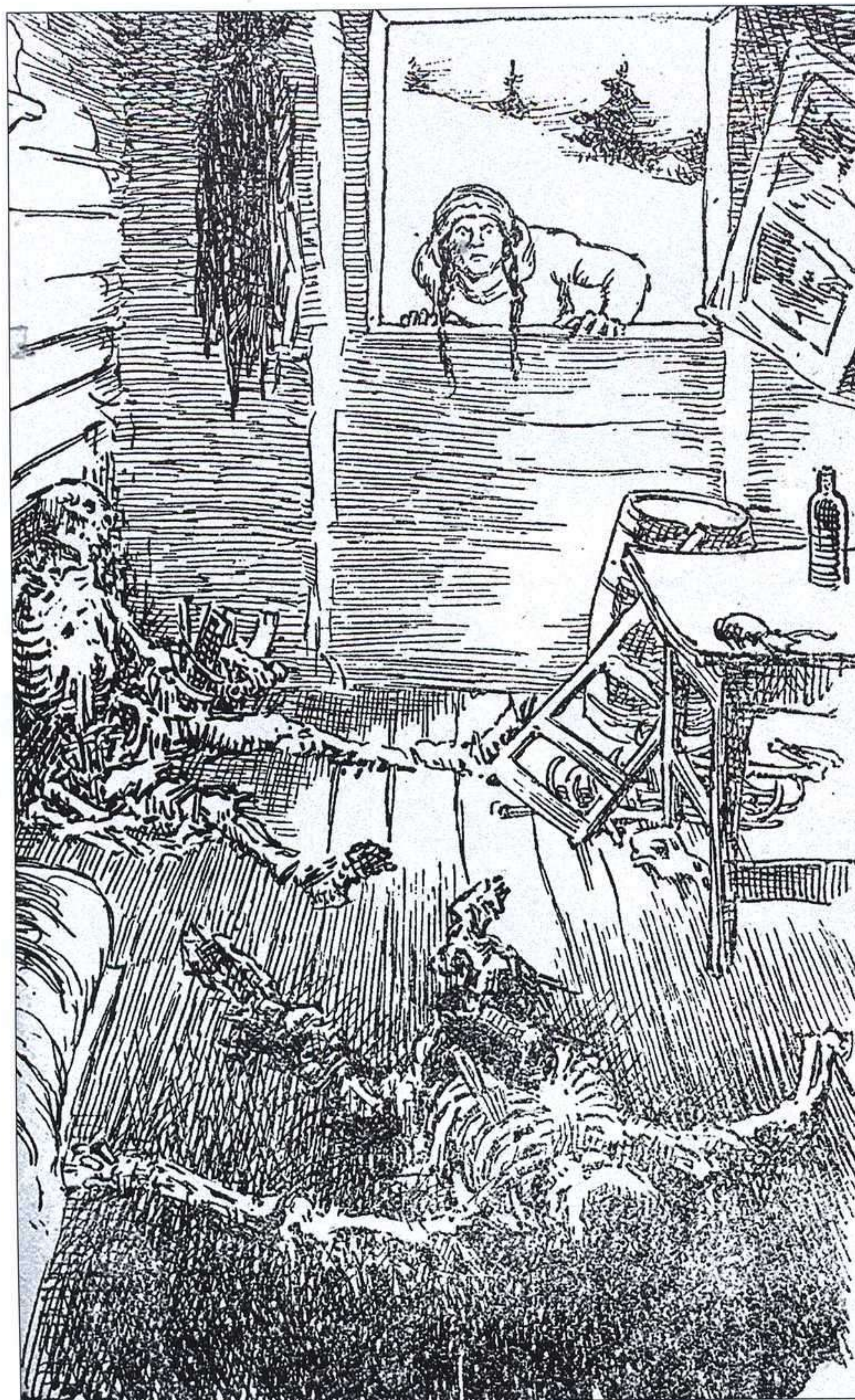
London es grande incluso en el género breve...

Pero todavía hay algo más novedoso en London, una crítica contundente, objetiva, profunda y emocionante de la cultura occidental. En eso estriba su grandeza, en la consideración de la naturaleza como algo duro y cruel, pero no más duro ni más cruel que la sociedad humana. Los autores del naturalismo ponían al ser humano en el centro del estudio del personaje, en el fondo venían todavía del Renacimiento. Jack London da un pequeño paso de consecuencias siderales. El lobo, el perro husky, el género canino, pasa a ser el centro del estudio del personaje en *Colmillo Blanco* y otras de sus novelas. El

escritor norteamericano no se quedó sólo en un cambio tan importante de punto de vista. Otro autor también lo hizo: James Oliver Curwood.

Grande es, verosímil también, pero no verdadero. Pese a que London va directo a algunos de los aspectos más esenciales del alma humana o de la humanidad desalmada o del alma desconocida de los animales, sus historias no siempre son verdaderas, su increíble capacidad de presentarlas con tal verosimilitud que el lector se queda boquiabierto desde la primera página.

Pocas novelas de la literatura universal poseen un comienzo tan trepidante como *Colmillo Blanco*. Hill y Henry se deslizan en trineo por Alaska. Están



LONGORIA, LOS CAZADORES DE LOBOS, JUVENTUD, 1939.A



COLMILO BLANCO, GAVIOTA, 2001.

muy lejos de cualquier parte, rodeados por centenares de kilómetros de nieve. Transportan un ataúd con un muerto. London posee una habilidad pasmosa para crear situaciones simples pero escalofriantes; disfruta de ese don del gran escritor para crear situaciones radicales y altamente significativas con pocos elementos que nos proporcionan su quinta esencia: dos hombres con sendos trineos tirados por perros transportando un ataúd en medio de la nada blanca. Es casi absurdo, y en cambio tal como él lo narra resulta completamente creíble.

Por si eso no fuera bastante los persiguen cincuenta lobos, una de esas grandes manadas que se forman en los géli-

dos inviernos canadienses. Esas grandes manadas lobunas surgen por el hambre, agrupan dos o tres más pequeñas que se juntan para abatir a presas mayores, las únicas capaces de soportar con los lobos esas temperaturas tan bajas, la única comida posible para esos carnívoros durante el invierno polar.

Pero las presas de los lobos no son los caribús esta vez. Son Hill, Henry, sus perros y su difunto. Los dos viajeros no tienen munición suficiente. Durante la agobiante persecución por la superficie helada y blanca agotan sus balas. Sabemos desde las primeras líneas que no tienen escapatoria posible. Hill la emprende contra los lobos a golpes de culata y es devorado con sus perros.

Henry es finalmente cercado por los lobos. En su desesperación prende fuego y hace una hoguera para ahuyentarlos. Pero le atacan igualmente. Únicamente se amedrentan cuando, en su desesperación por no ser descuartizado, se atreve a situarse en medio de la hoguera. Así que se ve forzado a situarse encima de las brasas. Henry va sucumbiendo al sueño. El fuego se apaga. Será devorado.

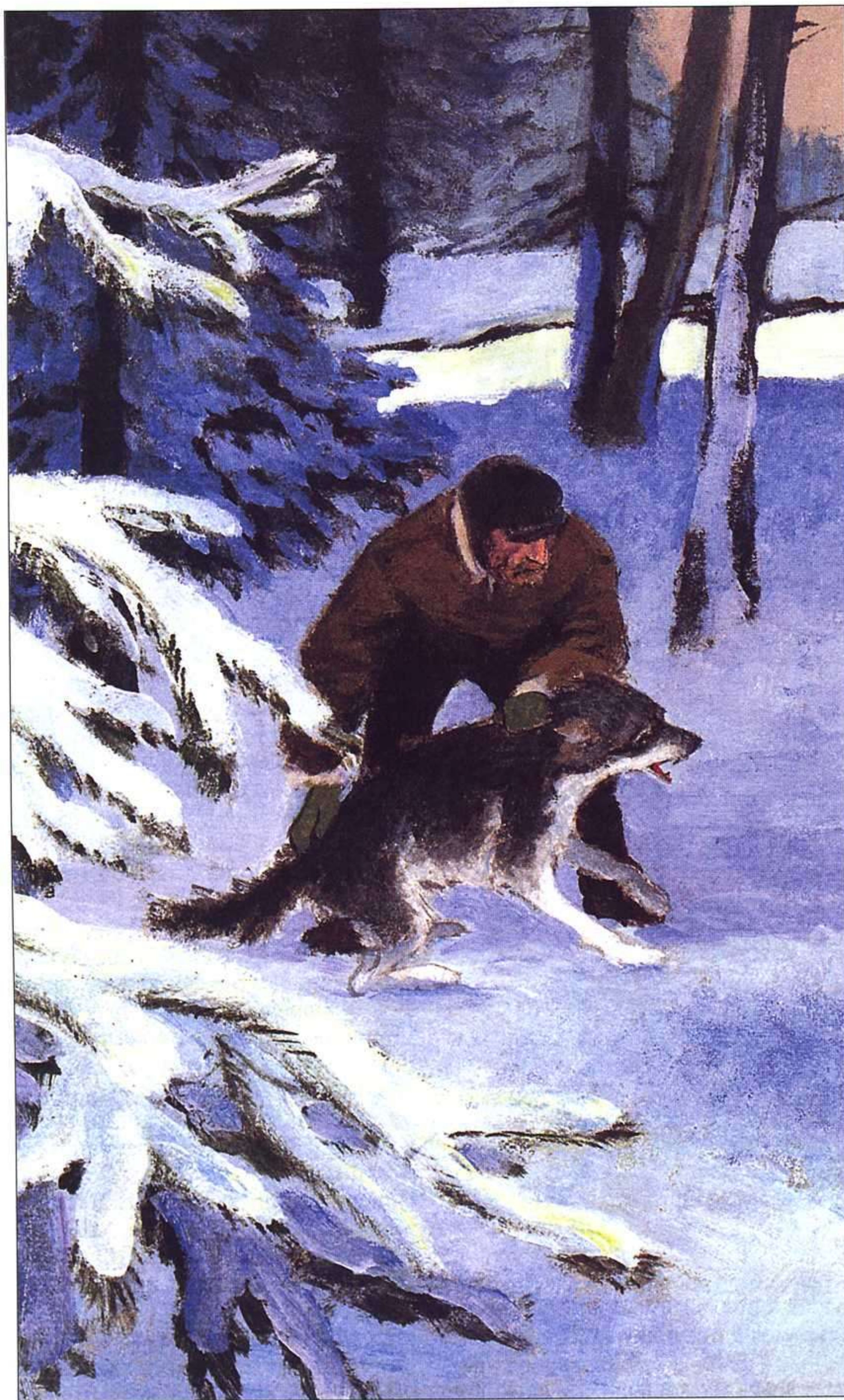
Y finalmente ocurre lo que en las películas americanas —London es un predecesor de esos finales que después se han repetido hasta la saciedad—, llegan cuatro trineos armados con munición suficiente y los lobos huyen.

Las primeras páginas de *Colmillo Blanco* poseen una tensión dramática difícil de igualar. Gozan del estilo austero pero de gran fuerza de London. Se respira en ellas el clima de tragedia propio de la mayoría de sus obras. El autor da un giro y se atreve a cambiar los papeles: el cazador se convierte en la presa.

Pero la inverosimilitud de la trágica situación es total. Payeses catalanes me contaron que, para protegerse de los lobos cuando no llevaban armas, sencillamente optaban por trepar a los árboles. Los humanos somos, al fin y al cabo, no monos peludos, pero sí monos pelados... Seguro que en Castilla también se salvaban de los lobos por un procedimiento tan divertido, sencillo, cómodo y barato... Toda la tragedia que London nos plantea en las primeras páginas es sencillamente inverosímil. Los dos hombres podían haberse salvado. El autor no conocía con exactitud el tipo de situaciones en las que se recrean sus obras. London no fue ni cazador, ni biólogo, ni etólogo, ni trampero, ni indio... Fue buscador de oro en Alaska en 1897, habla por referencia de conversaciones de taberna con hombres como Hill y Henry que después reaparecen en sus obras. London fue marinero, pescador, contrabandista... Esa variopinta experiencia aparece en sus obras.

London: la naturaleza como metáfora de la sociedad

John Griffith London era hijo de un astrólogo al que no llegó a conocer y de una madre soltera de familia rica venida



NATHAËLE VOGEL, ENCENDER UN FUEGO, BLUME, 2006.

a menos, neurótica y espiritista. Nació en 1876. Durante su infancia repartía periódicos para sobrevivir. En los Estados Unidos de su época ya no regalaban tierras en el oeste a los que las colonizaban. Era una nación que se industrializaba a marchas forzadas, al precio de los mismos salarios de hambre que se cobraban en Europa. London creció no en plena naturaleza, sino en ese ambiente industrial. Vivió en un país que empeza-

ba a liquidar sin compasión cualquier tentación izquierdista. Del mundo carcelario adquirió un conocimiento sobre la marginación social que plasma en libros como *Los vagabundos del ferrocarril*, pero que también se encuentra presente en sus obras dedicadas al mundo natural como *La llamada de lo salvaje* o *Colmillo Blanco*. Conocía bien el marxismo. En alguno de sus ensayos profetizó el advenimiento del fascismo

con veinte años de antelación. Poseía un genio intuitivo nada despreciable.

London vio en las letras una escapatoria de la explotación a la cual se veía forzado. Cuando le sonrió el éxito no dejó de solidarizarse con el *lumpen*. Esa necesidad de fugarse de los opresivos espacios cerrados de las fábricas explica su opción por un territorio literario e imaginario sin límites ni cortapisas: el mar infinito y los bosques interminables del gran norte. Ganó su primer premio literario con la descripción de un tifón que había presenciado como marinero.

Trabajó de casi todo. En 1897 se fue a Alaska, pero no como cazador, sino como buscador de oro. Antes había trabajado como marinero, contrabandista, pescador... El éxito de *Colmillo Blanco* lo catapultó a la fama, pero gastó una buena parte de la fortuna ganada en la bebida: los condicionamientos de su infancia y de su juventud hicieron que acabara tan trágicamente como sus personajes.

Las novelas de London proponen un cambio de punto de vista muy importante en la misma línea que las de Curwood, que es su contemporáneo: el narrador se focaliza en el animal como ocurre con *Buck*, el perro de *La llamada de lo salvaje*. Curwood hacía lo mismo, pero él sí sabía, a diferencia de London, que la protección más eficaz contra los lobos es subirse a los árboles. Curwood era periodista como London, pero también cazador y se lo habían enseñado los indios; Curwood sabía subirse a los árboles porque seguramente había vivido esa situación. Los indios norteamericanos también se subían a los árboles... Hay aspectos etológicos de las novelas de London que no se corresponden con la realidad. Eso no ocurre con las de Curwood, pero su obra no está de moda porque creía en Dios y porque, para él, la naturaleza era una manifestación de la divina perfección ofrecida por Dios al hombre. En eso era un perfecto creacionista decimonónico. Así pues, sus novelas exhalan un hálito de admiración sincera al mundo natural. Curwood escribe dramas y melodramas; London, tragedias. London utiliza el medio natural para inventar tramas que ponen manifiestamente de relieve la injusticia y la desigualdad de la civilización, la cruel-

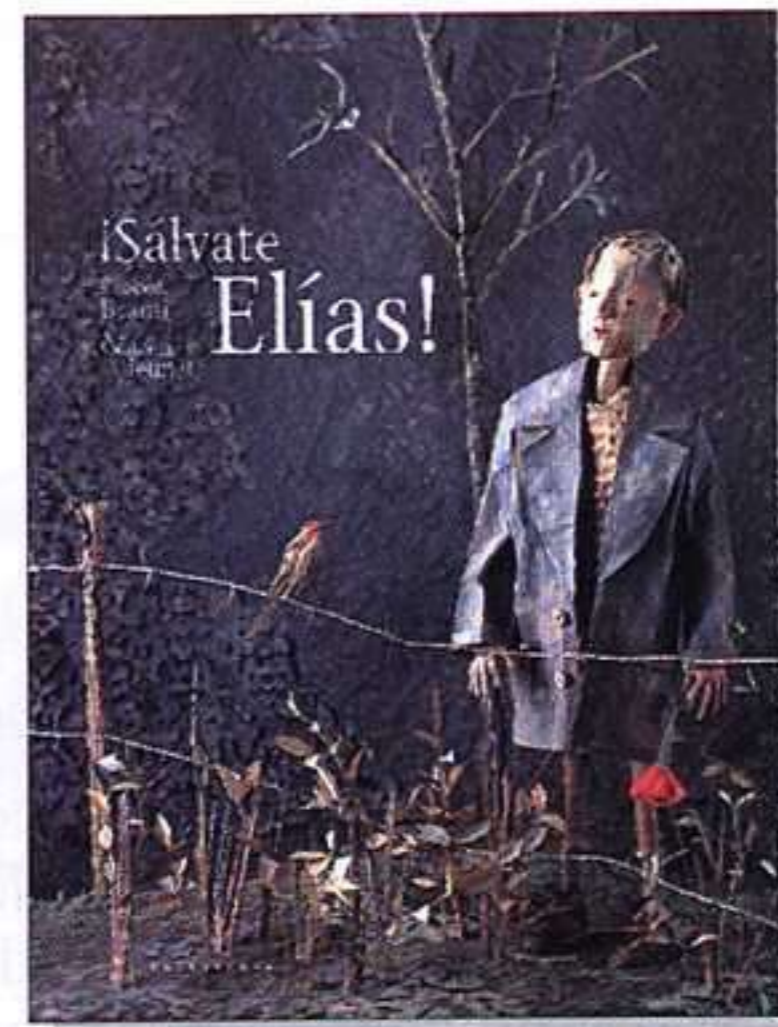


LA LLAMADA DE LA SEIVA, GAVIOTA, 2001.

dad de la vida y la supervivencia. La naturaleza en London se presenta a imagen y semejanza de esa sociedad humana injusta que él pretende denunciar. Quizá influido o legitimado por sus lecturas de Nietzsche, London nos dice que solamente los más fuertes sobrevivirán; sus novelas representan de manera ejemplar esa idea filosófica. London le pone patas de perro a la filosofía y la echa a andar. Sus protagonistas son anti-sociales,

marginados, gente dolida con la sociedad. Hombres o animales padecen en ellas las atrocidades más absolutas. Mientras él escribía estallaba en San Petersburgo la revolución soviética... Con sus actitudes London nos anuncia el socialismo de la primera mitad del siglo XX, el inconformismo deaneano de los jóvenes de los años 60, el escepticismo del hombre posmoderno. Es un precursor, un escritor del siglo XXI. En su in-

Un otoño
para la
reflexión...



¡SÁLVATE, ELÍAS!

Élisabeth Brami / Bernard Jeunet

La experiencia estremecedora de un niño marcado por su origen.

Un libro sublime sobre la tragedia de la guerra, para cultivar la paz.

... y la **fantasía.**

27 HISTORIAS PARA TOMAR LA SOPA

Ilustraciones de Pablo Bernasconi

28 HISTORIAS PARA REÍRSE

Ilustraciones de João Vaz de Carvalho

29 HISTORIAS DISPARATADAS

Ilustraciones de Neus Bruguera



Relatos breves e intensos de Úrsula Wölfel, aderezados con imágenes llenas de ingenio y talento creativo.



editora@kalandraka.com
www.kalandraka.com

tención, London se corresponde con la sensibilidad de la sociedad actual. Nos llama a preservar lo poco que queda del medio ambiente si no queremos perecer como especie.

Curwood era ajeno a tales contenidos. London se suicidó a los 40 años. Llevaba auestas dos fracasos matrimoniales, problemas con el alcohol, etc. Hay una frase muy conocida del autor: el hombre es el único animal que maltrata a la hembra. Evidentemente no conocía bien la actitud de los leones, que llegan a matar a los cachorros de las leonas cuando ganan el liderazgo. O la actitud infanticida de las leonas para con los cachorros de las guepardas; los matan para eliminar futuras competencias mientras la gueparda, madre en solitario, se ve obligada a dejarlos un rato para salir a cazar... Un lobo nunca haría algo así. Pero eso London no lo sabe. Su frase, cierta y lapidaria, se inspiró en la observación de los bajos fondos que conocía bien, en el recuerdo de su propia infancia desdichada. Y por eso posee una gran fuerza. London utiliza el medio natural como una metáfora para cerciorarse de que, como animales, estamos a mucha distancia de ser los mejores. Como sus lectores son tan urbanitas como él, el montaje cuela porque, al fin y al cabo, aunque se equivoque en los ejemplos, no se equivoca en lo más mínimo en las categorías. A él debemos la idea novelada de que no somos la cima de la creación. Lo que no es poco. Por eso lo recordamos.

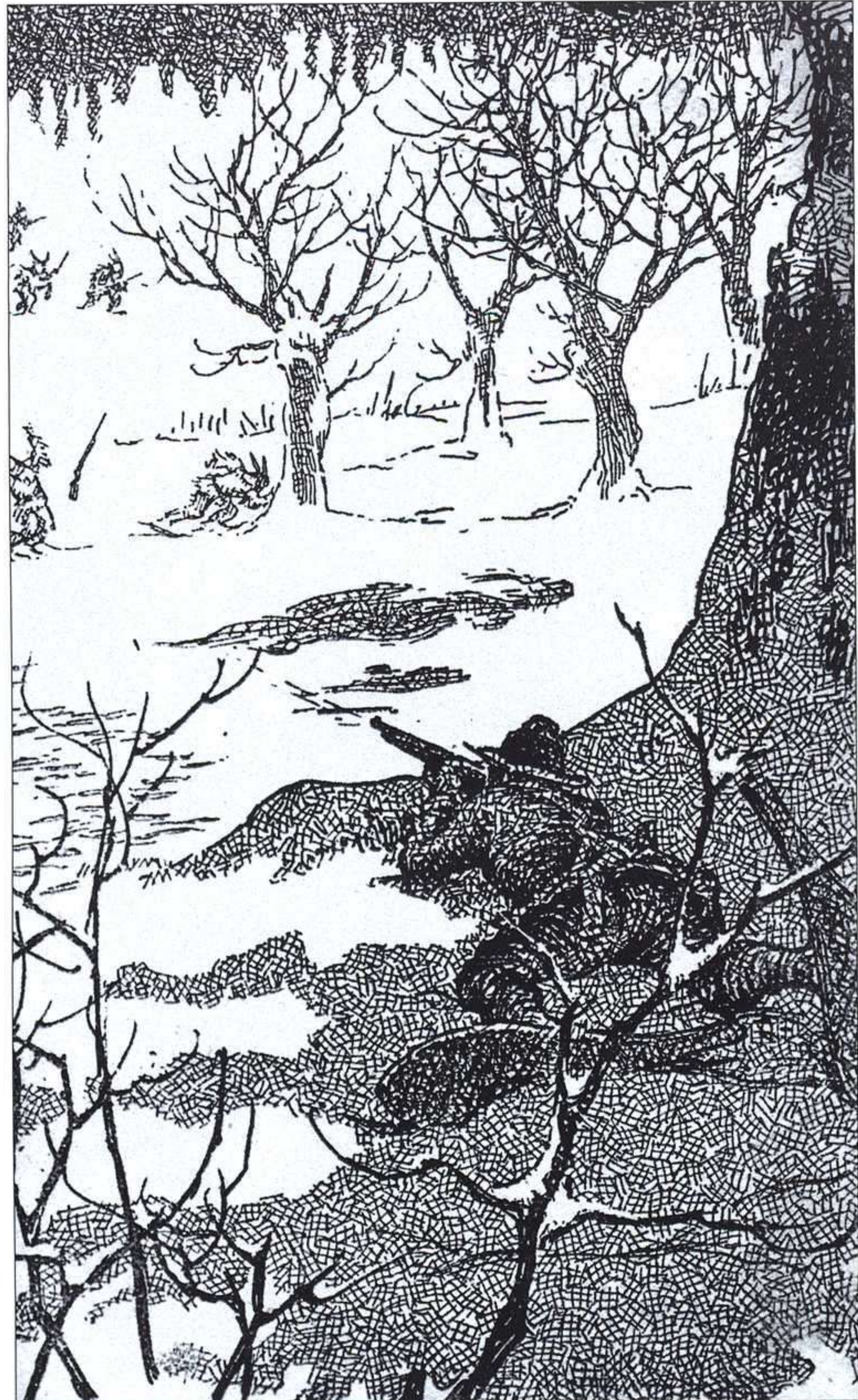
Curwood: la naturaleza como devoción

En cambio James Oliver Curwood pasó su niñez en contacto con la naturaleza. A los 6 años, la tienda de zapatos familiar quebró y la familia se trasladó a Ohio, donde su padre fue granjero. El niño lo ayudaba en sus tareas más duras y Curwood reconoce que eso le formó el carácter de manera determinante. Después, ese ambiente y su tenacidad reaparecen en sus novelas. Curwood posee un conocimiento de la naturaleza bastante exacto, aunque la crítica lo ha considerado como un autor melodramático. Lo era. Sus libros vendían 100.000 ejemplares al salir. Pero en las obras de Cur-

wood había mucha más fuerza de la que la crítica tradicionalmente le ha atribuido. Como dice él mismo: «La naturaleza es mi religión, mi ambición, mi deseo y mi meta». La frase resume a la perfección toda su obra. No se trata de utilizar la naturaleza como metáfora de nada porque ella misma lo contiene todo y él la ama.

Cuando se convirtió en autor de éxito dedicó gran parte de su vida a observar a los animales instalado en cabinas de madera en medio del bosque, al estilo de los biólogos actuales. Su conocimiento del mundo natural es extraordinario, no era el de un marinero y un buscador de oro co-

mo London, sino el de un cazador profesional reciclado al mundo de la incipiente etología. La fortuna que pudo acumular con el éxito de sus libros le permitió financiar grupos conservacionistas para impulsar leyes de protección. En cambio London, que nos incita tanto o más que Curwood a la conservación, dedicó su dinero a la construcción de una granja científica. Curwood se hizo vegetariano. Ambos bebían en las mismas fuentes ideológicas que llevaron a muchos trabajadores de la época al vegetarianismo. Aunque London llegó a él desde el marxismo y Curwood desde el conservacionismo romántico de raíz cristiana.



LONGORIA, LOS CAZADORES DE LOBOS, JUVENTUD, 1939.A

Curwood parece aceptar el orden natural sin chistar, algo de lo que el inconformista London no era capaz. Esa falta de reivindicación en Curwood, esas novelas en las que la crueldad y la cristiana compasión habitan por igual, en las que desgracia y fortuna se dan la mano, le han condenado al ostracismo. Para Curwood, la naturaleza es su pasión. Comparte la admiración que experimentaron por ella los primeros pioneros cristianos que solicitaron la creación de parques nacionales en Estados Unidos. Su razón era muy clara: había que preservar la creación más inspirada de Dios, ahí donde el demiurgo había moldeado con más arte para maravillar los ojos de los mortales. En esa misma época, en España, el Estado pagaba a los que cazaban osos o lobos con fuertes recompensas y ni los más católicos ni los más progresistas se planteaban la creación de parques naturales. Esa reivindicación no llegó hasta la difusión del moderno ecologismo, pero en Estados Unidos, románticos y cristianos se dieron la mano para reivindicar los parques y sus animales mucho antes que aquí.

London el filósofo y Curwood el etólogo

El sentido trágico, sin concesiones, de la narrativa de London parece más actual. Sin duda lo es. Y sin embargo las descripciones de la naturaleza que hallamos en la extensa obra de Curwood son mucho más fidedignas. En su novela *The Grizzly King* (1916) —*El rey de los osos*—, nos cuenta la persecución del cazador, a quien finalmente el oso le perdona la vida después de desarmarlo. Exactamente lo mismo le ocurrió al autor, que vio en la compasión del oso una grandeza que no encontraba entre sus amigos cazadores. Y de ahí su pasión por escribir con amor sobre los animales, sobre los animales de verdad. A lo mejor Curwood se equivocaba. A lo mejor el oso no atacó por prudencia más que por compasión. A lo mejor fue por miedo, porque el oso le teme al rifle y no sabe cuándo está averiado. Pero Curwood, en sus novelas, describe comportamientos animales que se corresponden



ANNA MIRALLES, EL REI DELS OSSOS, BROMERA, 1992. ANNA MIRALLES, EL REI DELS OSSOS, BROMERA, 1992.

con la realidad, a diferencia de lo que cuenta London. Por eso las novelas de Curwood atrapan con la intensidad de lo real. Curwood es capaz de construir el primer capítulo de una novela (*Kazan, perro lobo*, 1914) focalizando el narrador omnisciente en la mente del perro, viendo y narrando desde la mente y la percepción del perro. ¿Quién más es capaz de encerrar un perro casi salvaje en una habitación y contarnos cómo mira los retratos en la pared y, al verlos inmóviles, los confunde con gente muerta...? ¿Quién puede describir la sensación loca del perro al ver un piano por vez primera y percibir sus blancas te-

clas como la amenaza de una dentadura gigantesca?

Podría parecer que todo eso ralentiza la acción. Pero ocurre lo contrario. El diálogo desaparece. Los animales no hablan como en los dibujos animados, estamos ante animales de verdad y el narrador sencillamente nos relata lo que perciben y lo que sienten. El ritmo narrativo, basado en acciones y percepciones, se centra en lo que acontece y la lectura se agiliza. Se narran percepciones, acciones, no racionalizaciones ni palabras. Es como si la novela se volviera hacia lo totémico. Es como si las palabras adquirieran la magia de lo primi-

JACK LONDON



Cada uno a su modo, London (arriba) y Curwood fueron dos aventureros y dos amantes de la naturaleza.

tivo y lo irracional, porque de seres que piensan y perciben sin palabras se trata al fin y al cabo.

En la mirada transparente, casi pueril, del animal reside la grandeza de las novelas de Curwood. Lo que nos enseña es que incluso en el interior de las mentes menos desarrolladas que la humana podemos encontrar explicaciones de nuestra conducta y lecciones para mejorarla. Y ese cambio es como una bomba de profundidad contra el antropocentrismo

Así las cosas, uno podría creer que no hay ideas ni pensamiento en las novelas de los dos autores. Nada más lejos de la realidad. Las hay al igual que en las obras de Pío Baroja, Émile Zola o en Narcís Oller. Se derivan siempre del acontecer de los hechos, de las reacciones de los personajes. Ésa es la cualidad de las grandes novelas. Curwood es mu-

cho más interesante desde el punto de vista etológico. Parece mentira que un periodista cazador pudiera llegar a saber tanto sobre el mundo de los depredadores en una época en que la psicobiología brillaba por su ausencia, pero es así; dedicaba seis horas al día a su observación.

Desde el punto de vista de la posteridad, London acertó de lleno en el mensaje de sus novelas: la naturaleza es dura, pero en ella el ser más traicionero y despiadado es el hombre. La universalidad estaba contenida ya en las primeras líneas de sus obras, en la marca natural e indeleble de su estilo. Su propuesta no le salió nada mal porque la sociedad industrial y liberal guarda cierto parecido con el mundo de los carnívoros y los herbívoros... Por eso el hombre queda mal en ellas y el cánido, como ocurre en *La hoguera*, aparece como un ser más prudente y más sabio comparado con el hombre poco previsor. Detrás de sus novelas siempre subsiste una tesis moral o filosófica. Por eso son tan buenas: no hay mucha filosofía explícita pero sí mucha implícita, la que se desprende de los argumentos. London es filosofía en acción, con patas, Curwood es etología, lo cristiano no desmerece ese conocimiento, es más bien un transparente barniz que no desmiente lo etológico, está ahí. En uno de los prefacios de sus obras Curwood afirma que lo más emocionante de perseguir a la presa no es cazarla, sino permitir que siga viviendo cuando sabemos que podemos acertar con la bala. Curwood era así. Apreciamos sus novelas porque contienen emociones y sentimientos, porque se leen con la rapidez con que el cazador persigue a la presa. Su prosa, como acostumbra a ocurrir con los autores de lengua inglesa, no cansa, es ligera como una pluma, clara como el agua. Hay una palabra que define bien su estilo: vigor. Hay algo que lo caracteriza y lo convierte en insustituible: su conocimiento del mundo animal.

London es más filosófico. Para London, el hombre libre para perseguir su codicia y su sed de poder puede terminar con todo lo que le rodea. El tiempo le ha dado la razón. ¿Cuándo le llegará el turno a Curwood? Quizá con el moderno ecologismo... ■

*Josep Francesc Delgado es escritor.